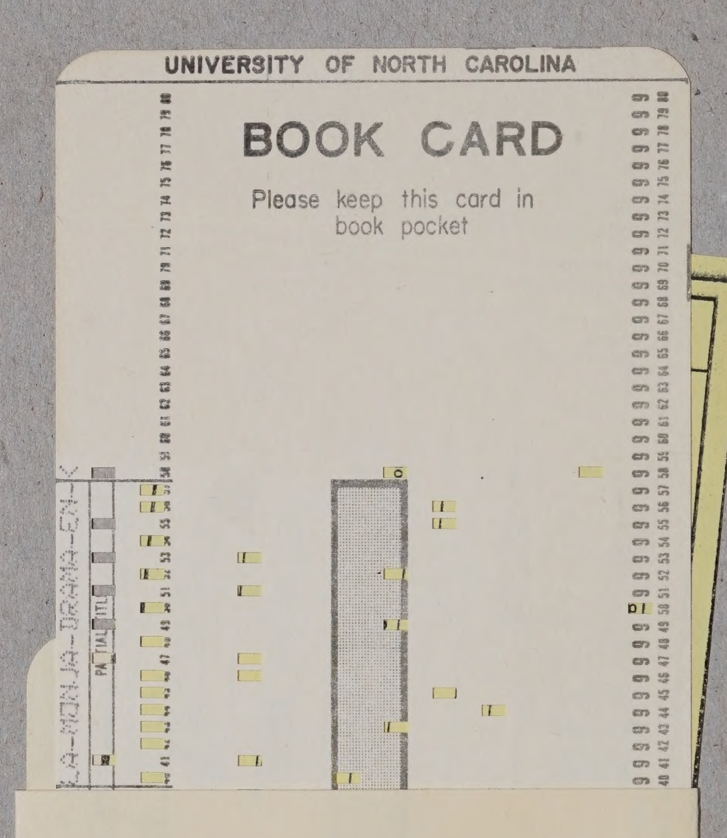
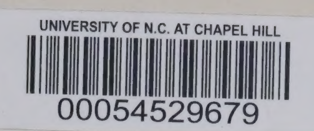
LA MONJA

PAUL GROUSSAC


UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
BOOK CARD
Please keep this card in
book pocket


PQ7797
.G65
M6


UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00054529679

BUENOS AIRES MAYO DE 1928

ATHÉNA

SUPLEMENTO
AÑO I NÚM. 1

LA MONJA

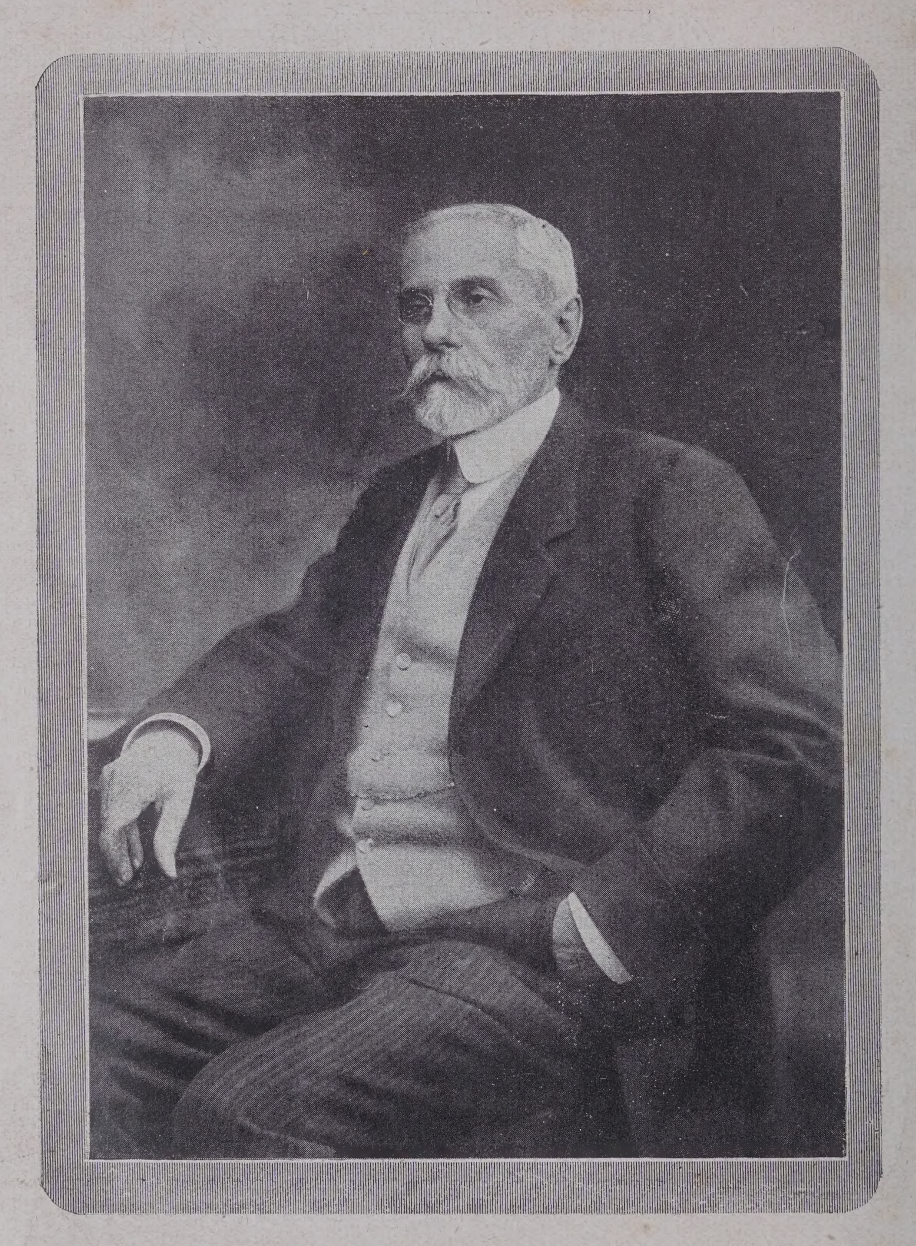
DRAMA EN UN ACTO

DE

PAUL GROUSSAC



Ningún número de este Suplemento puede venderse sin el número de "ATHÉNA" de la misma fecha.



PAUL GROUSSAC

A mi hija Taita

PERSONAJES

El conde Pedro de Laroche, capitán de navío, 50 años.

Gastón de Laroche (Alain Juhel), 35 años.

Clara Bressón, cuñada del conde, 27 años.

Germán, criado, 60 años.

Tony, marinero, asistente del comandante, 40 años.

LA MONJA

DRAMA EN UN ACTO

La Escena en el castillo de Saint-André, señorío de Laroche, entre Tours y Chinón. Mañana de otoño.

Epoca presente (1885)

Sala de campo estilo Luis XVI. En el foro, ancha vidriera de cristal (glace sans tain) sobre el vestíbulo abierto que domina el parque. Angulos cortados: en el de la izquierda, una pequeña puerta con mampara: en primer término, otra puerta que comunica con el interior. A la derecha, segundo término, una pequeña biblioteca giratoria con cuadernos de música; en primer término, un piano con su taburete. Mesa central tallada con adornos de cobre y porcelana: encima, libros, revistas, álbumes y recado de escribir; a un lado, un sofá con respaldo hacia la izquierda. Una mesita volante. Entre las dos puertas de la izquierda, una vidriera con medallas, vasos, cacharros. Consolas, veladores, bronces, jardineras, etc. En el ángulo cortado de la derecha un retrato en pie de Laroche con uniforme de capitán de navío. — Encima del piano una ancha capota de batista y una sombrilla japonesa. Un canastillo sobre un velador.

ESCENA I

CLARA, LAROCHE

CLARA canta a media voz, acompañándose en el piano, el final del preludio de Bach (**Ave María** de Gounod). Vestido corto de foulard; conjunto de elegante sencillez. Laroche entra por la izquierda y se detiene, siguiendo con la cabeza y los ademanes el ritmo del canto; viste a lo caballero campesino.

LAROCHE, aplaudiendo.

¡Bravo! ¡magnífico! No me canso de escuchar tus romanzas: cantas como Van Zandt!

CLARA, levantándose.

¡Pobre Van Zandt! Buenos días, comandante! ¿De veras no os fastidia mi musiquilla, mi "romanza", como decís? Temía que os perturbara este continuo tecleo desde el amanecer... (Le da la mano). Es un preludio de Bach azucarado por Gounod...

LAROCHE, que trae un diario en la mano.

Preludio o romanza, para mí... ¡hazte cargo! Y esas palabras italianas o... ¡qué sé yo! ¿son del susodicho Bach?

CLARA, sonriéndose.

¡Famoso anticuario! No son del susodicho... ni tam-

poco italianas, sino... rusas... Así empiezan: *Ave María, gratia plena...*

LAROCHE

Y te las traduciré al vuelo para que no te burles de mi saber: *¡Salve, Clarita, llena de gracia!...* ¿quieres que siga?

CLARA

Inútil. Si así traducís vuestras inscripciones galo-romanas, está de parabienes la Academia. Era simplemente para advertiros que en la iglesia de Saint-André no cantamos romanzas, todavía. No faltaría más que se os escapara en público la herejía...

LAROCHE

¡Una herejía de cuatro tiempos y en tono mayor, quizá... ¡caramba! Haces bien en prevenirme. ¿Con que cantas en el coro ahora?

CLARA

¡Tanto se empeñó el cura! Sabréis que pasado mañana es nuestra fiesta patronal... El pretende que mi gorjeo realzará la solemnidad... Yo me negaba, naturalmente; pero como no me dejara a sol ni a sombra, aparenté ceder, confieso que con buena fe... púnica. Constábame que al obispo le saben mal estas exhibiciones... Pues bien ¿creeréis que ayer tarde se me presenta una autorización del diocesano: "en vista de la circunstancia especial, etc."?

LAROCHE

¡Vaya una novedad! (Deja el diario). Ya me figuro que era capaz de negarte algo el obispo... Si tienes hechizado a todo el departamento. Nadie se te resiste: obispo, prefecto, autoridades civiles, militares, marítimas... éstas, sobre todo!—¿De suerte que tocarás el órgano el domingo? Entonces, sí, que no faltaré a misa! (Corrigiéndose ante un movimiento de Clara)... Quiero decir que, además del gusto... de la obligación... Aunque más no fuera. (Estallando). Vamos, monjita, con mil troneras! No me hagas chapotear. ¿No te basta remolcarme allá cuantas veces quieres y hacer doblar la herrumbrada rodilla de este viejo lobo de mar, sin que todavía...

CLARA, ha sacado una rosa de un florero y prendídola en el ojal de Laroche.

¡Chubasco tenemos, a la maniobra! (Remedando la voz de mando.) ¡A cargas juanetes... arría gávias... pronto! (Laroche se sonríe y la besa en la frente.) Pues, no, señor, no me basta que seáis el más cumplido marino de la armada y el más zalamero de los cuñados:

pretendo que os tornéis un frailote tan intolerante y fanático como esta monjita.

LAROCHE, meneando la cabeza.

Eso... no lo has de ver en esta campaña...

CLARA, afectando terquedad.

Será en la otra... Pues no es nada la pretensión del comandante Pedro ¡resistirse solo a la "hechicera" patentada de la Turena! Sería cosa de ver... (Seriamente y acercándose a Laroche.) ¿Cuándo acabaréis de conocerme? ¿Acaso me suelo meter a predicadora y propagandista? Dejo que cada cual sea bueno a su modo: no pido sino honradez y caridad. Por mi parte, creo que la irreligión es flaqueza de que tarde o temprano se curan solas las almas nobles, — lo mismo que los cuerpos sanos se curan de sus dolencias: sin recetas éstos ni sermones aquéllas, por la sola virtud de la naturaleza... medicatriz, como dice el doctor. Pero ¡nada de imponer mis argumentos de ignorante a los que saben más que yo! No exijo sinó lo que nunca me habéis negado: libertad completa para mi oficio de solterona creyente, es decir, ir a la iglesia, arreglar altares, rezar novenas, como personera de tanta mujer buena que tiene más deberes que yo en su casa... Y bien ¿por qué no? Los tontos se ríen porque visto santos: vaya eso por lo que visto también una docena de huérfanos!... En los primeros tiempos, cuando dejé el convento para venir aquí, iba sola a misa; poco a poco se acostumbró mi hermana Berta a ir conmigo. Después, vos mismo, condescendisteis en hacer, entre dos viajes, una que otra visita de buena vecindad al otro *Señor* de Saint-André... y por lo pronto, yo os agradezco la cortesía. Pero, muy bien sabe Dios lo que le pido a solas, sin necesidad de pregonarlo en las esquinas...

LAROCHE

Está bien, beata insufrible: te acompañaremos el domingo; y de tiros largos, con mis cruces y mi uniforme de parada, si te empeñas... como para una visita al almirante. ¡Habráse visto despotismo de muchacha!...

CLARA, alegremente.

Estaréis magnífico, comandante... Yo, de veras, en lugar de Berta...

LAROCHE

Sí, estaré peligroso. (Se sienta en el sofá.) A propósito, Clarita ¿no te parece, si Berta no vuelve de Tours hasta las doce, que atemos el break y demos un trote hasta allá?

CLARA, sin entusiasmo.

Seguramente... buena idea... Pero, corremos el

riesgo de cruzarnos... Acaso vuelva por el tren hasta Amboise... Entre tanto... (Al criado que abre la puerta.) ¿Qué hay, Germán?

GERMAN

Es un telegrama para el señor conde. (Se lo entrega.)

LAROCHE, tomando vivamente el despacho.

¡Un telegrama!... si fuera de Gastón!...(leyendo). Es de Berta: anuncia su vuelta para las doce... la esperaremos: darás tus órdenes para que retarden el almuerzo. (Se levanta). Ah! es un sobresalto, ahora, cada telegrama que recibo, desde que me anunció Gastón, su próxima vuelta a Europa! Diez años que no nos vemos!... Diez años sin más noticias que tres o cuatro cartas en el primer tiempo, datadas de California, de Méjico, del Perú... Siempre prometía volver... no le faltaba sino realizar su fortuna. ¡Las fortunas de allá! ¡Un castillo de naipes alzado en un año y derrumbado en un día! ¡Ah! rico o pobre, que vuelva a descansar en la casa paterna, donde nació, donde pasó la infancia feliz!...

CLARA

¡Cuánto anhelaréis verle! Mas que hermano, será un hijo para vos?...

LAROCHE

Piensa, pues: le llevo cerca de quince años, y él tenía diez cuando perdimos a nuestro padre. Yo era alférez de navío; dejé de navegar por algún tiempo, ingresando en el ministerio de marina para poder educar al huérfano en París, cerca de mí. Vino la guerra; quiso sentar plaza en mi batallón de marinos. Estuvimos juntos en ese terrible sitio de París; juntos en Châtillon, juntos en el Bourget... donde ambos caímos heridos... ¡Oh! aquella lúgubre tarde de diciembre, en ese cementerio de aldea, bajo la metralla alemana que nos barría junto con las hojas secas, hacinando los cadáveres recientes sobre las viejas tumbas! Tuvimos que retirarnos, como siempre... y encerrarnos los treinta que quedábamos en un caserón ruinoso, donde nos parapetamos para dar tiempo al refuerzo pedido, antes de evacuar la posición... Allí, estuvimos tres horas, cayendo a pedazos hombres y muros! Vieras tú al muchacho de veinte años, rubio y rosado, risueño y terrible a la vez: un airado arcángel... con blusa de marinero... ¡Los dos estábamos ilesos aún: no era nuestra la sangre de que estábamos salpicados... Ante nuestra resistencia, el enemigo había traído artillería. Cuando vino un obús a abrir en nuestra pared una brecha ancha como ventana, matándonos tres hombres, comprendí que comenzaba lo último... Miré a Gaston que apuntaba con su fusil por la brecha abierta... y me

vino un desfallecimiento de entrañas. Grité: "un hombre listo para llevar comunicaciones al almirante La Ronciére!" Nadie contestó: nadie quería escapar... "Sargento Laroche!" exclamé por entre la espesa humareda... Oí una voz baja y anhelante cerca de mí: "Pedro, si me mandas, no obedezco: quedaremos todos aquí..."

CLARA, alzándose conmovida.

Oh! valiente corazón! Buena sangre no miente...

LAROCHE

Caímos ambos, heridos, entre los escombros; y no sé cómo escapamos con vida... (Una pausa.) Desgraciadamente, lo que sigue es menos ejemplar. Junto con la guerra, concluyó mi tutela: entregué a Gastón su parte de herencia, y volví a embarcarme. Estuve ausente dos o tres años; cuando regresé supe su triste historia. Arruinado, sin carrera abierta, pero recto y altivo siempre, prefirió arrojarse a lo desconocido antes que sufrir la decadencia social y moral en París. Se embarcó para América. Supe que hizo un viaje a Francia por el año 79, después de la Exposición. Tampoco pude verle entonces: yo estaba navegando, para recuperar el tiempo perdido, y también porque amaba el mar como una patria. Le escribí anunciándole mi casamiento: seguramente no recibió mi carta, pues nada me contestó. Yo, ausente de Francia, recorriendo los mares la mitad del tiempo; y él cruzando de un confín al otro el continente nuevo, no era difícil que se enfriara el comercio epistolar... Pero, nuestros corazones — si juzgo por el mío — no han cambiado: y has visto cómo, al anuncio de su próxima venida, se estremece mi fibra nunca envejecida. ¡Muchacho querido!... No quiera Dios que esta vez tampoco me halle aquí...

CLARA

¿Decidido estáis a navegar todavía?

LAROCHE

¡Ah! esa perspectiva me infunde ahora casi tristeza... Pero se baten por allá, en el Tonkín, y no quiero deber a la antigüedad mis estrellas de contraalmirante. Es fuerza, hija mía... Se habla de los peligros de la carrera; lo que debiera recordarse, son sus sacrificios, su continua abnegación: aquéllos acaso destrozan el cuerpo, pero ésta estruja el alma... Con todo, si coincidiera mi viaje con su venida, vosotras recibiríais como quien es a mi hermano, ¿verdad? Tan dulce y tibio le haríais el hogar paterno, que no notaría mi ausencia y esta vez me esperaría aquí...

CLARA

No dudéis de ello, Pedro. A presentarse Gastón en

vuestra ausencia, será tratado como hermano y dueño de casa. Pero ¿vendrá esta vez? Le hemos esperado tanto tiempo...

LAROCHE

Esta vez, creo que es de verdad: no se rompe un silencio tan largo sin fundada resolución. Ha de estar en viaje. Además, tiene ya treinta y cinco años: la edad en que retoñan en el alma del desterrado los recuerdos de la niñez. A medida que se estrecha y palidece el horizonte delantero, brilla más y se dilata el que dejamos atrás. Ah! la juventud irradia luz a su alrededor! Poco importa que sea estrecha la senda y desolado el desierto en que camina; a todo presta ella la poesía que le sobra... Pero, más tarde, el corazón empobrecido necesita recibir de los seres y cosas ambientes el calor que le falta, y pide a la patria, al hogar, a la familia, a las reliquias domésticas, impregnadas de cariño y recuerdos, el necesario suplemento de savia cordial. (Levantándose.) Vendrá, te digo. ¡Verás tú qué talento y qué alegría!... Parecía dotado para todo: hasta creo que le han sobrado aptitudes, y que por eso ha emprendido todos los estudios, pasándoselo en andar y desandar camino... ¡Qué bien estaremos aquí, los cuatro juntos (con intención)... siempre... Dime, monjita ¿qué edad tienes, exactamente, ¿veinte y tres...?

CLARA, sonrojándose ligeramente.

Y cuatro más, con permiso vuestro... Le llevo dos años a Berta...

LAROCHE

¿Será posible? A fe que es preciso saberlo... ¡Cuál conserva la san...idad! ¿Quieres que te diga? Es un pecado que no te cases... Sí, señor, un pecado... capital, de esos que solo con la bendición se absuelven...

CLARA (se dirige al piano, toma la toca que se coloca delante del espejo; luego la sombrilla y el canasto).

Será mejor que volvamos la hoja... ¿No os dirigís hacia vuestros hoyos? Yo tengo que ir hasta la granja por ese niño enfermo...

(Entra Germán.)

ESCENA II

LOS MISMOS, GERMAN, después TONY

GERMAN, desde la puerta.

Tony pide hablar con el señor conde...

LAROCHE

¿Tony? que entre... ¿qué noticias me traerá de las excavaciones?... Siempre que no sean como las últi-

mas, cuando hizo pedazos un admirable jarrón merovingio para saber lo que había dentro... Ya se ve, ¡de primer gaviero a director de cateos arqueológicos!... (Dirigiéndose a Clara.) La cerámica antigua, muchacha: no puedes imaginarte cuánta poesía se encuentra amalgamada a esos roídos y descarteados cacharros. Pensar que se tiene en la mano un objeto que recibió la forma, la impresión de seres desaparecidos mil años há! Te aseguro que por poco que se le alcance a uno de historia, de filología, de antropología y una media docena de ciencias conexas, se convence de que, realmente, la arqueología es la mejor historia de la humanidad...

CLARA, sonriéndose.

Por supuesto. ¿Y no habéis notado, comandante, cómo todos los sabios dicen lo mismo de su ciencia especial?

LAROCHE

Cierto es... Quizá provenga ello de que cada hombre no alcanza a mirar sino una faceta del prisma universal...

CLARA

O, tal vez, de que todas las facetas son iguales y convergen hacia el mismo...

LAROCHE

Sí. ¡ya asomó San Agustín!... (A Tony.) ¿Qué ocurre, Tony?

TONY (Traje de marinero; se cuadra en la puerta; aspecto desmañado y tímido de un lobo marino fuera del agua).

Mi comandante, hemos dado con una mole de bronce... Una migaja más pesada que un ancla de amarras...

LAROCHE, ya interesado.

¡Gran noticia! Pero ¿qué forma tiene: tinaja, armadura, baúl...?

TONY

Mi comandante... es algo así como un figurón de proa... Una cara negruzca...

LAROCHE, entusiasmado.

¡Una estatua!... Veamos, eso (da un paso hacia la puerta y vuelve.) ...¿No decías, Clara, que ibas a la granja? Te acompañaré hasta la encrucijada... (A Tony.) Quédate para tender el toldo en el vestíbulo... (A Germán.) ¡Ah! Germán: puede que venga un señor... el tapicero. Déjale que mida y revuelva los muebles, en tu presencia... ¡Veamos! (Saliendo con Clara.) ...Figúrate que hemos dado con un hallazgo

admirable, un túmulo merovingio... (Salen ambos, y él sigue accionando hasta desaparecer en el foro.)

ESCENA III

GERMAN, TONY

GERMAN, siguiendo a la pareja que se aleja.

¡Qué linda pareja, Tony! Ah! si el señor conde se hubiera casado con ésta!...

TONY

¿Que no navegan en conserva el comandante y la condesa?

GERMAN, con tono protector.

Hay ciertas cosas, gaviero... Seguramente, la condesa no es mala ni reparona... Pero demasiado movediza para el caso: siempre con alborotos, fiestas y cabalgatas... Se fué ayer a Tours... volverá hoy, y esta tarde tendremos ya un programa de excursión o cacería para mañana... El señor conde no se queja, se contiene... delante de mí... pero bien sé yo donde le aprieta el zapato... (Se acerca a la mesa y busca entre los diarios el "Petit Journal".) Voy a aprovechar el rato leyendo mi interesante folletín... ¡Ah! hélo aquí: **Los Piratas de la Pampa.** (A Tony que se aleja hacia el vestíbulo.) A propósito, Tony, vos que habéis navegado tanto ¿estuvistéis alguna vez en las Pampas?

TONY, reflexionando.

¿Las Pampas?... nunca crucé por esas aguas... ha de ser por el polo Norte...

GERMAN, desdeñoso.

Entonces ¿no conocéis el Brasil, Buenos Aires?...

TONY

¿Buenos Aires? Mucho que sí... Recuerdo perfectamente... Estuve dos años en estación.

GERMAN

¡Ah! ¡dichosos de vosotros, los marinos, que conocéis el teatro de tantas escenas dramáticas como refieren las novelas!... Esta que estoy leyendo ahora pasa allá... ¿Será cierto lo que el autor refiere de esas costumbres extraordinarias?...

TONY

Ha de ser cierto no más, si está escrito... Yo nunca bajé a tierra... Quedamos fondeados a diez millas...

GERMAN, asombrado.

¿En dos años?

TONY, tranquilamente.

En dos años... pero ¡qué lindo país! Unos dorados, señor Germán, tan largos como vergas de velacho...

GERMAN

¿Y así habéis recorrido las cinco partes del mundo?

TONY

¡Ah! no, seguramente... Verbigracia: en Madrás pasé todo un día en tierra; ¡magnífica ciudad?... Entré a las ocho de la mañana con los gavieros de mesana en una taberna del malecón. ¡Qué día aquel y qué aguada, mil carronadas!... Unas bailarinas chinas, olorosas y pintadas hasta la línea de agua, con dedales de oro en las diez uñas... ¡Hermosa fiesta! Me desperté amarrado en la bodega. — Pero voy a halar el toldo del alcazar... ¡Hasta luego, señor Germán! (Sale.)

ESCENA IV

GERMAN. Se instala en un sillón de bambú del vestíbulo con el diario y se calza las gafas para leer.

Pues, señor, si así viajan todos, prefiero todavía mi folletín... ¡Qué lindo es saber escribir así!... Lo que me fastidia, es que pierdo la memoria: nunca recuerdo en que quedé... veamos... *Los Piratas de la Pampa*... Aquí es... (Leyendo.) "Don Bermúdez colocó su mano helada en el corazón de la joven desconocida... ¡Vivía aún! Pero este síncope ¿no era más peligroso que la muerte? Al instante levantó en sus brazos de atleta a la hermosa muchacha y comenzó a caminar en las tinieblas; en seguida sacó su frasco de elixir, elaborado en las selvas pampeanas y se puso a refregarle las sienes... La obscuridad era profunda como un abismo... Entonces cruzó su mente el recuerdo de la carta de sello rojo... Sin interrumpir sus fricciones, abrió la carta con su mano libre, mientras con la otra encendía un fósforo... y se puso a leer... (Empieza a cabecear.) De repente... un relámpago,.. infernal... convulsó su cárdena mirada... *¡Corpo di Bacco!*... exclamó en el más... puro castellano... (Queda dormido).

ESCENA V

GERMAN dormido, GASTON DE LAROCHE. Entra despacio, como reconociendo las cosas de otro tiempo. Traje gris de viajero. Ha dejado sombrero, guantes y bastón en el vestíbulo.

GASTON, mirando a su alrededor.

¡Tampoco nadie aquí! Confianza patriarcal. Se entra en casa como en un molino: Se ve que no temen a los

"cambrioleurs"... ¡Qué paz profunda, qué quietud! He podido contemplarlo todo a solas, sin intervención importuna: desde las viejas encinas del parque que me vieron nacer hasta el húmedo césped en que me revolcaba hace treinta años, bajo la mirada materna. Siento una impresión extraña y confusa: paréceme por instantes que no soy yo quien entra aquí; luego, me figuro que nunca he dejado de vivir en esta casa, que no he envejecido y que van a entrar por alguna puerta... los que ya no pueden entrar... ¡Oh! vida tan agitada y estéril! Haber rodado durante diez años, cual hoja arrancada del árbol, por los mares y continentes, para volver aquí marchito y envejecido. ¿No era mejor haberlos disfrutado bajo este techo de mis padres, en el ambiente que ellos respiraron y donde vaga sin duda su sombra tutelar? ¿no valía más dejar correr aquí los días apacibles, sin sobresaltos ni decepciones, siguiendo hasta la vejez el camino aplanado por los abuelos?... ¡Pobre alucinado! Qué traes de tu larga correría en pos de la ilusión, de la novedad, de la aventura? (Se sienta y gira su mirada por la sala.) Nada ha cambiado en la apariencia: los años se han sucedido sin traer sensible mudanza, como se renueva la naturaleza, repitiéndose eternamente. ¡Hermano querido! Ha conservado intacto el culto del pasado, noble, valiente y sano como él... ¡Ah! qué serenidad se respira aquí!... (Reflexionando.) Experimento como una transformación en mis sentimientos: ¿Será que el hogar paterno ejerce en mí su sedante y tónica influencia? Desde allá, sólo me impelía el deseo de volver a ver a una mujer: el llamado de su última carta fulguraba en mi soledad con letras de fuego... ¡Al cabo iba a ser del todo mía! me tendía sus brazos abiertos; me enseñaba la felicidad conquistada, tanto más duradera cuando más furtiva, en el tumulto encubridor de este inmenso París... ¡Pobre sacrificada! me espera, sin duda: me habrá escrito indicándome ya el día y la hora del anhelado encuentro: nunca sospechará que, al pisar la tierra en que vive, mi primer impulso no me llevó a sus pies... ¡Extraña aventura en mi pasado!... Nos amamos unos meses; la vida nos separó. Años después me anunció que se casaba, haciéndome jurar que nunca la preguntaría su nuevo nombre. Ella tampoco me conoce sino por mi seudónimo de Juhel, mi apellido californiano... Y héme aquí ahora, próximo a caer como aerolito sobre un hogar extraño, sin saber qué seres inocentes aplastará mi caída... ¡Basta! *¡Voe victis!*... Y ahora que he pagado el tributo a la flaca humanidad, (Se levanta, con acento sarcástico.) volvamos a ser lo que me han hecho diez años de batallas con la naturaleza sin entrañas y los hombres sin fe!... (Enciende un cigarro.) Pero ¿qué significa este castillo de los siete durmientes? (Toca el timbre: Germán despierta sobresaltado.)

GERMAN, acudiendo medio dormido aún.

Ordene el señor conde... (Aparte.) Calla, si es el tapicero. Pasad adelante, señor...

GASTON, tranquilamente.

No me equivoco: es mi viejo Germán. ¿Cómo va esa salud, Germán?

GERMAN, refunfuñando.

¡Viejo Germán! No recuerdo, señor... tapicero, en qué tapicería hemos trabajado juntos. (Aparte) Estos parisienses se creen que todo el campo es orégano... (A Gastón) Fuera de que hay un fumadero... para las visitas.

GASTON, sigue fumando, recostado en el sofá con una pierna al aire.

Gracias, no lo usaré. ¡Ah! no. Germán, no empieces a amargarme la vida con tus regaños, como cuando me pillabas sacando nidos en los árboles... ¡Me encuentro tan bien acá, después de tantos años!...

GERMAN, acercándose.

Esa voz... Pero, si es el señor Gastón! ¡Ay! vista de viejo! Además de que esto de leer a la resolana... Señor Gastón ¡es posible! y yo que os tomaba por... ¡Qué dicha, santo Dios! (Se adelanta como para tomarle la mano y se detiene).

GASTON, alargando la mano.

Dame esa mano, Germán, y aprieta fuerte. Eres mi primer encuentro con la familia. Hace años que no he dado sino apretones de cumplimiento o compromiso ¡y a cuántos que no te valían!...

GERMAN, con enternecimiento senil.

¡Virgen santa! señor Gastón, y qué hombre estáis, y qué guapo!...

GASTON

Hombrecito, eso sí, casi por demás... Pero, bastante asoleado y curtido, verdad? Bah! la caja es buena...

GERMAN, extasiado.

¡Qué, señor!! Estáis soberbio, parecido al señor conde cuando más joven... Días pasados le decía yo a Tony... pero no conocéis a Tony, el asistente...

GASTON

Tengo este pesar, Germán...

GERMAN, continuando.

Le decía yo ¿creeríais que le planté encima del primer poney en que paseó?... Eso sí, que no pensaba

que os llevaría tan lejos, eh, eh!... Yo no quería fastidiar al señcr conde con mis preguntas incesantes, pero siempre os recordábamos, y yo nunca perdí la esperanza de veros antes de morir... Hace un momento, no más, el señor conde recibió un telegrama de la señora condesa, y antes de abrirlo, gritó a la señorita Clara: "¡Si fuera de Gastón!" A fe que no sospecha la nueva que le espera... Se ha ido al estanque, donde están cavando y abriendo zanjas hace un mes...

GASTON

Siempre su pasión de anticuario... Pero ¿tampoco está en casa mi cuñada?...

GERMAN, indiferente.

Fué ayer a Tours, como todas las semanas... para visitar a su tía enferma... Volverá esta tarde. Pero (con solicitud) estará dentro de un rato la señorita Clara... la hermana de la señora condesa...

GASTON

¡Hola! y dime: ¿es hermana mayor?

GERMAN

Seguramente, señor. Aunque... perc mayor, seguramente.

GASTON, a media voz.

Mayor que la mujer de mi hermano que pisa los cincuenta... ¡Hum! La señorita Clara será persona respetable.

GERMAN, ingenuamente.

¿Respetable? Ya lo creo, señor, y muy respetable.

GASTON, insistiendo.

¡Muy respetable! ¿qué edad, pues, Germán?

GERMAN

Eso sí, que no lo podría decir exactamente... No ha envejecido un día desde que la conocí.

GASTON, alarmado.

Pero, vamos a ver, por más añcs que tenga ¿será menor que tú?

GERMAN, con una risita entre candorosa e irónica.

¿Menor que yo? Ah! sí, señor... Ciertamente es menor que yo...

GASTON, con resignación.

¡En fin! y ¿soltera, por lo visto?

GERMAN

Soltera, pues, ya lo creo! Salió del convento para ve-

nir a vivir acá, como que en la familia la suelen llamar "la monja". Estaba a punto de profesar, en Beauvais, cuando tuvo que embarcarse para la India el señor conde, y tanto la suplicaron que desistió... Vino y se ha quedado.

GASTON, con mal humor (aparte).

Ya me figuro a la santurrona: una mojigata madura, con cara de cuaresma, conservada en su devoción como pepinos en vinagre, repleta de gazmoñerías y aspavientos... Veo el cuadro desde aquí. (A Germán) A otra cosa... y, muchachos ¿cuántos? (Germán hace un ademán expresivo). ¿Nada? y yo que traigo un cargamento de juguetes y chucherías, soñando con la algazara de los chiquillos en mi cuarto, de mañana. (Paseándose, algo nervioso.) Un muchachón de seis años embadurnado y asolador... o una sobrinita rubia, con su carnecita de leche y azúcar, que cabalgara en mi rodilla... En lugar de eso: una cuñada... respetable, beata, ama de gobierno... Pues, ¿no hay que preguntarlo, Germán: la señorita Clarísima será la que manda y lo maneja todo?

GERMAN, satisfecho.

Todo, pues; en casa y fuera de ella; en la escuela, en la iglesia, en todo el distrito: tan lista para arreglar una tertulia como para organizar una procesión... Ah! no os aburrireis con ella!...

GASTON

No ¡Ahí es nada!... Y de noche ¿qué se hace en este beaterio? ¿alguna lectura moral, eh? con intermedio de lotería, y un whist a diez céntimos, los domingos?...

GERMAN

Sí, señor, y algo más. Fuera de los grandes recibos, tenemos el té del jueves, con los amigos íntimos: el vizconde de Préval, el señor cura, el vicario, la señora canonesa...

GASTON, continuando.

El sacristán... Ya estoy: en té... *Deum!*... (Despidiéndole.) Está bien, Germán...

GERMAN, antes de retirarse.

¿El señor Gastón, no desea pasar a su cuarto?

GASTON

...No, esperaré, Germán, aquí... ¡Ah! dime ¿sería posible tomar un "grog", (Aparte) aprovechando la ausencia de la señorita Clara? (Germán se inclina.) Tráete ron, azúcar, limón y agua... No me mandes caras nuevas: hazme el gusto de servirme tú mismo... (Sale Germán.)

ESCENA V

GASTON, después CLARA

GASTON, paseándose con agitación.

¡Y haga uno programas! Bien sé que no tengo derechos aquí; pero, estos descubrimientos son siempre desagradables... Me ha venido de golpe un desgano increíble... (Contempla un retrato de su hermano en la pared.) ¡Pobre Pedro! ya te veo subyugado, domado, encapuchado, pertiguero probable de la parroquia y suscriptor seguro del *Mundo católico!*... Paréceme respirar aquí como un vaho de sacristía... (Mira a su alrededor y encuentra sobre la mesa un guante de Suecia que toma y aspira dos o tres veces con placer visible.) No, no es esto... (Llega delante del piano abierto, en cuyo atril ha quedado la música anterior.) ¿Qué música es ésta? Un *Ave María,* naturalmente: estaba indicado... Veamos un poco lo que cuenta esta antífona... (Se pone a tocar los últimos compases, y a poco sigue el canto a media voz.)

CLARA. Llega por el vestíbulo con su canastillo lleno de flores y puesta su toca blanca: el piano abierto le impide ver al ejecutante.

¡*La* natural, vizconde! (Canta.) *in hora mo... ortis nostrae... Amen...*

GASTON, absorto, aprueba con la cabeza, sin mirar.

Amén... (Se levanta: estupefacción de ambos.)

CLARA, entre risueña y confusa.

Perdonad, señor... os tomé por mi viejo amigo el vizconde de Préval...

GASTON, saludando respetuosamente.

Señora condesa... (Aparte, mientras Clara va a dejar el canasto y la toca sobre un velador.) Encantadora, mi cuñada, con su canasta a la *Prometida* de Greuze. (A Clara, que ha quedado mirándolo curiosamente.) Señora, tendré forzosamente que presentarme yo mismo: soy Gastón de Laroche...

CLARA, dándole la mano con gracia afectuosa.

Señor, sois para mí más que un antiguo conocido... Vuestro hermano... Pero advierto que me confundís con la condesa de Laroche... Soy su hermana.

GASTON, asombrado.

¿La señorita Clara? (Clara se inclina) ¿Es posible? (A media voz) Y el simplón de Germán que me hablaba de una persona respetable, de cierta edad...

CLARA, risueña.

Y os encontráis, por el contrario, con una persona de edad incierta...

GASTON, indeciso.

Dios mío, me encuentro... con vos... así inespera-

damente... y no extrañareis del todo mi sorpresa..., mi embarazo, en el primer momento... Esperaba que la presencia de mi hermano facilitaría la natural... tirantez de la primera entrevista.

CLARA, con naturalidad.

Sin duda, sería mejor... Pero está ya salvado el paso más difícil... Yo os aseguro que no me cuesta haceros los honores de vuestra casa. Al contrario... (Indica una silla a Gastón que queda en pie, y ella se sienta en el sofá.)

GASTON, tanteando el terreno.

Mil gracias. (A parte) ¿Será coquetería? (A Clara). Ya que os dignais permitirme que descuente por adelantado el cuasi parentesco que nos une ,no os disimularé que al veros he experimentado... Ya sabeis, cuando uno se ha figurado otra cosa, y así, bruscamente, se recibe en los ojos un...

CLARA, interrumpiendo a Gastón que queda un tanto cortado.

Vuestro hermano me hablaba de vos hace un cuarto de hora... Me figuro vuestra impaciencia por verle. Le he hecho avisar... Su corazón parece que le anunciara vuestra llegada; hasta contaba ya con vos... para acompañarnos... algunos días, cuando tenga que ausentarse. Eso lo arreglaréis con él: lo importante es que haya vuelto el... (sonriéndose) hijo pródigo... Cito sus palabras...

GASTON

¡Ay! el hijo pródigo — o el judío errante, — como queráis decir, regresa al hogar paterno muy deseoso de paz y sosiego. Pero, ¿quién puede responder de sus impresiones venideras? Los hábitos contraídos se asemejan a las lianas de nuestros bosques tropicales: se adhieren al árbol joven para no soltarlo más, y hasta viejo tenerlo amarrado, viviendo de su substancia... Actualmente, me estremece la idea de volver a seguir aquella existencia tan agitada y vacía del viajero perpetuo... Y con todo, ¿queréis que os lo confiese? me horroriza más aún la aprensión de no poder estar sin ella — y de sentir en mi propio país la nostalgia del destierro... Pero, en verdad, señorita, estoy abusando del crédito que me abrísteis sobre nuestra amistad futura...

CLARA

¿Porque me habláis con franqueza y seriedad? Tengo la suerte de que me interese todo lo que es sincero y recto. No siento aversión sino por las actitudes hipócritas o teatrales... La vida de retiro que he llevado, y que sigo llevando aquí, me ha permitido estudiar algo y reflexionar mucho... Pues bien ¿queréis que corresponda a vuestra confianza con la mía?... Me parece que el rasgo fundamental de la vida, del arte, del

mundo contemporáneo, es la falta de sinceridad. No hay bastante belleza artística ni grandeza moral en la humanidad, porque escasea la verdad y se ha debilitado la fé...

GASTON, sonriendo con cierta ironía.

Seguramente, señorita, la tesis puede defenderse. Pero me permitiréis entonces que haga mi provecho inmediato de vuestra noble declaración... Tenéis la pasión de la verdad y deploráis la carencia de *fe*... (Deteniéndose). De veras, que temo ser indiscreto...

CLARA

Os aseguro que no lo seréis...

GASTON

Pues bien, esa fé a que os referís, y es sin duda la católica, que, por cierto, profesáis con sinceridad absoluta, ¿será también para vos la que, sobre considerarse como la más pura y excelente en esencia, lo que concedo, se arroja el derecho y, según ella, el deber sagrado de proscribir por absurdas o falsas a todas las demás? En este caso, tendría el sentimiento de negarme respetuosamente a toda discusión...

CLARA, con un asomo de malicia.

¿Porque sois... libre pensador? (Entra Germán trayendo una bandeja con botellas, vasos, etc.)

GASTON, vivamente, le hace señas que se retire.

Ahora no, Germán... Os pido mil perdones, señorita... como estaba solo... me permití...

CLARA indica a Germán que deje la bandeja en la mesa volante y se retire.

¿Esas tenemos ahora? ¿y los hábitos adquiridos, señor psicólogo; y la sinceridad completa, señor moralista? Desde luego, me opongo a que usáis fórmulas conmigo, en vuestra propia casa: sinó, creería que intentáis recordame que soy aquí la forastera. Veo que es un "grog" lo que habíais pedido ¿no queréis que os lo prepare con mi blanca mano? (Se pone en obra, sin esperar la contestación.)

GASTON, en pie, continuando la conversación.

En principio, señorita, no ataco ninguna creencia religiosa... Pero precisamente, en el catolicismo practicante y oficial, cuyos preceptos son los vuestros, si no me equivoco...

CLARA, tranquilamente.

No os equivocáis... ¿Con poco azúcar ¡eh! como el comandante?

GASTON, con una inclinación afirmativa.

...En esa religión establecida y dominadora, que se

ha tornado, permitidme decirlo sin ofensa, para algunos un simple rito externo y para otros una mera elegancia social; en ese culto, que miro petrificado por fuera y vacío por dentro, como representado fielmente por sus grandes templos imponentes, sólo concurridos durante los oficios, es donde encuentro más evidente la falta de convicción que deploráis como nota del mundo moderno... En resúmen, señorita, si toda la religión descansa en la fe, y si, como dicen, su coronamiento es la caridad, la tolerancia, la virtud: mucho temo por la seguridad del grupo de fieles, sinceros como vos, que van a orar todavía en el edificio vacilante y sin techumbre...

CLARA, ofreciéndole el grog.

Ante todo, decidme si es de vuestro agrado mi mezcolanza. (Gastón se inclina.) ¿Sí? Pues bien, os confieso que lo he preparado sin mucha fe ni, menos aun, con esa convicción que me atribuís... Me teníais perturbada con esos edificios sin puntales ni techumbre... (Se sienta.) En el fondo, si he comprendido bien el sentido de toda aquella... arquitectura, lo que combatís en general es la creencia de los que no creen lo que vos.

GASTON, protestando.

Permitid...

CLARA, con gracia.

Y bien, vos, que habéis vivido diez años entre protestantes, cuáqueros, israelitas y mormones: si habéis pasado vuestro tiempo derribando templos y falsos ídolos, como Poliuto, comprendo que vengais un tanto cansado y lánguido!

GASTON, algo incomodado por la burla.

Yo no he derribado nada!...

CLARA

¿No? ¿Reservabais vuestras iras para este pobre catolicismo? Agradezco la preferencia. Pero, en fin, si habéis podido pasar tantos años entre pueblos civilizados o bárbaros, cuyas tradiciones y creencias no eran las vuestras, sin alcanzar la palma del martirio... libre pensador; será, probablemente, porque las tolerabais, reconociendo en la tradición una fuerza que no se destruye con argumentos, y en la fe religiosa un sentimiento excelso que no es permitido despreciar... Y así las cosas ¿qué es entonces lo que nos reprocháis?

GASTON, friamente.

Siento infinito, señorita, haberme dejado llevar a esta suerte de controversia, algo impertinente por parte mía; pero ya que he cometido la imprudencia de aceptarla, la cerraré con dos palabras: lo que reprocho al catolicismo corriente, es precisamente su escasez de convicciones propias, su falta de verdadero sentimiento

religioso — que entiendo debiera ser un acto de elevación del alma hacia Dios... Oh! no pretendo que sea imposible encontrar una minoría de creyentes parecidos a vos, de fe consciente y con esa caridad activa — cuyo rumor ya llegó hasta mí — pero digo que vuestra religión sólo subsiste, en la mayoría, y desde luego en sus ministros, como un culto exterior, un conjunto de prácticas maquinales y fórmulas pomposas, que nada valen como regla de conducta o estímulo al mejoramiento individual, siendo la única, por fin, que no exija de sus adeptos un esfuerzo moral, ni de sus predicantes un ejemplo de virtud. En cuanto a la intolerancia, que combatíais hace un momento... sabeis mejor que yo que ella es el rasgo histórico del catolicismo — y hasta un artículo... (se detiene un segundo) casi he dicho un auto de fe...

CLARA, con gravedad triste en que se percibe el deseo de no chocar.

Señor, no he intentado provocar, desde vuestra llegada, esta discusión — pues es de las que nunca se promueven en esta casa... No sé tanta historia como vos, ni he necesitado robustecer mi fe con hondas lecturas. Creo y practico ingenuamente. Y bien, os declaro que ningún precepto de nuestra iglesia, y los acepto todos, deja de ensalzar una virtud o combatir un vicio humano: lo que llamáis el bien y el mal, lo llamamos nosotros la gracia y el pecado; lo que exigís de la razón o el honor, lo pedimos a Dios... No veo otra diferencia... En cuanto a esa intolerancia, que llena según decís nuestra historia de quince siglos, creo, en mi escaso entender, que ninguna institución antigua ni moderna dejó de padecerla: es la sombra terrestre de toda luz... Pero nadie me la ha impuesto como un dogma, ni la he oído celebrar como un mérito a mi alrededor...

GASTON, suavemente.

De ello estoy persuadido, señorita: habréis tenido la dicha de vivir entre gente digna de vos... Pero escuchad: antes de vuestra venida aquí, hace diez años, sé que en esta misma aldea de Saint-André, se produjo un hecho inaudito, salvaje, cuyo recuerdo me horroriza aún... En una choza miserable vivía un labrador judío, ruso o polaco, con una pálida criatura de ocho años... Eran dos pobres seres indefensos; desarraigados, sin duda, por algún huracán político o social... Estalló en la comarca no sé qué epidemia... Alguien, que no era un ignorante, persuadió a estos aldeanos, naturalezas crédulas y sugestionables, de que el flagelo era un castigo del Señor por la presencia de los réprobos... Eso fué predicado desde el púlpito de la iglesia... Aquella noche la choza maldita fué asaltada e incendiada. Al día siguiente, mi hermano, avisado

muy tarde, recogió a la niñita llorando sobre el cadáver de su padre... Pedro tenía que embarcarse: confió la criatura a su intendente... Me refirieron por entonces que el cura, condenado a presidio, no había sido suspendido por el diocesano. En cuanto a la muchacha... convertida, por supuesto, ha de rogar hoy por su padre... al Dios de los cristianos, que no es el Dios de los judíos...

CLARA, levantándose con vehemencia.

Estáis mal informado, señor Gastón... El cura fué arrojado de la iglesia por indigno, antes que de la sociedad por criminal... Y en cuanto a la muchacha... no ha abandonado su religión: es costurera en esta casa; y mañana, como todos los sábados, podréis verla tomar el tren de Tours ,para asistir a los oficios de su sinagoga...

GASTON, espontáneamente.

¿Es posible? Ah! señorita, os pido perdón humildemente... (Se inclina muy bajo con respetuosa emoción.)

CLARA le da la mano cordialmente.

¿Conque: primera y última disputa, no es verdad? Entre los tres que vivimos aquí, nos encargamos de haceros olvidar muy pronto vuestras minas de California...

GASTON, contemplando con admiración a Clara sentada.

Francamente, así lo creo... y... lo espero... (Silencio.) ¿Hablábais de California? Yo dejé aquel país hace ocho años para ir a establecerme en el Perú, donde he vivido hasta ayer, con residencia más o menos fija en Lima... (Movimiento de Clara.)

CLARA

¡En Lima? ¡Qué casualidad! (Corrigiéndose.) Pero, ¿sin duda habrá muchos franceses en Lima?...

GASTON

Franceses... ¿cómo lo entendéis? ¿franceses a quienes se frecuenta? ¡Oh! muy pocos, algunas docenas... Todos nos conocemos.

CLARA, afectando indiferencia.

En el convento... una amiga mía tenía a su hermano en Lima y solía escribirle... Pero, probablemente, no habéis de conocerle... se llamaba Juhel, Alán Juhel...

GASTON, con viva sorpresa.

¡Una hermana de Alán Juhel! Es extraordinario... (Mirando a Clara que algo se perturba.) Juhel era amigo mío, íntimo, inseparable... ¿Podríais decirme el nombre de esa hermana?...

CLARA, vagamente inquieta.

¿Su nombre?... Pero... Juhel, naturalmente... Ya sabéis, en los colegios nos llaman por el apellido...

GASTON, muy interesado, la mira fijamente.

¡Qué mala memoria tenéis! Pero yo la tengo excelente; y no he olvidado que Juhel solía recibir algunas cartas de Francia, de una hermana menor.... (Fingiendo buscar.) Esperad... ¿no se llamaba Berta?...

CLARA, sobrecogida y balbuciente.

¡Berta!... No, señor... Ahora recuerdo que no era así... se llamaba...

GERMAN, desde la puerta del vestíbulo.

Señor Gastón, ya viene corriendo el señor conde...

GASTON, dirigiéndose al vestíbulo.

Os pido permiso, señorita... ¡Mi viejo Pedro!... (Sale apresuradamente.)

ESCENA VI

CLARA, muy agitada.

¡Qué imprudencia, la mía! Estoy trémula de emoción. Oir pronunciar el nombre de mi hermana... Pero ¿qué significa esto? Si no existe, como que es invención mía, la hermana de Juhel... y mucho menos bajo ese nombre ¿cómo ha podido conocerlo Gastón? Lo habrá oído de labios de su amigo?... Oh! me infunden inquietud estas coincidencias... Si llegara a pronunciarlo delante de ella, ¿no puede la brusca sorpresa arrancarle un grito involuntario, un ademán revelador?... Gastón es caballero; le hablaré... disimulando la funesta verdad... Ya vienen. Estaré sobre aviso...

ESCENA VII

CLARA, LAROCHE y GASTON (éstos entran abrazados).

LAROCHE, radiante.

¡Al cabo volvió al nido, como el pichón de La Fontaine, aunque no podemis decir: *trémulo, moribundo, medio cojo.* Monjita, es necesario ahora no dejarle salir más... Nada! te haremos los tres un círculo de acero... (A Clara.) Me dice Gastón que ya habéis estrechado relaciones...

GASTON

Por mi parte, al menos hay algo más que relación: una simpatía... respetuosa que espero ver correspondido... (Clara se inclina.)

LAROCHE

¡Excelente principio! Pero déjate de respetos y fórmulas: os habéis de querer como... hermanos, antes de cuatro días. (Se sienta en el sofá; Gastón enfrente; Clara arregla las flores de su canasto en un florero.) Eso es, siéntate aquí (Mirándole con ternura.) ¡Mi chiquillo! ¡Cómo estás de tostado y curtido por el viento y el sol! Cuando recuerdo que tenías una tez de colegiala... me contarás despacio tus peripecias y aventuras. ¡Ay, cuántos años desperdiciados para el corazón!

Toda la juventud arrojada al aire, perdida para la familia y la patria...

GASTON, vivamente.

Para la familia, es cierto, Pedro; pero no para mi país. Tú, que también has recorrido el mundo, sabes cuánto propenden a la grandeza y prosperidad de la Francia, esas colonias anónimas diseminadas por el universo. Otros muchos han hecho más que yo, sin duda; pero he procurado cumplir con mi deber y acaso hacer amar un poco más en mi persona el nombre francés... Ignoro lo que me hubiera tocado hacer en mi país; pero te aseguro que algunos de nosotros, aventureros o *pioneers* del nuevo mundo hemos sido más útiles que tantos ociosos como arrastran por los bulevares su enervado escepticismo...

LAROCHE

Acaso tengas razón... Nuestro país se condensa demasiado, no dejando salir de su masa sino las partículas sueltas y estériles que la fuerza... centrífuga arroja en su movimiento...

GASTON, sonriendo y mirando a Clara.

¡Cáspita! y qué científicos estamos, hermano Pedro!... La señorita Clara no se estará divirtiendo con exceso...

CLARA, siguiendo en su tarea.

Hay tiempo de divertirse y tiempo de aprender... como dijo el otro.

LAROCHE

¿Y este último tiempo es el que más aprovechas, verdad? Ah! muchacho, cuando la conozcas mejor...

CLARA, interrumpiéndole.

Ya he terminado mi jardinería, y os dejo que converséis a todas anchas... ¡Tanto tendréis que deciros!... (Aparte, concluyendo su arreglo.) Es necesario que oiga y pueda intervenir: siento un peligro en el aire. (Acercándose en ademán de despedirse.) Conque...

GASTON, procurando detenerla.

Pero, nada reservado tenemos que contarnos... Y además ¿no hemos dicho ya que somos parientes?

CLARA, alejándose.

Por hoy, no sois sino el hijo pródigo, y voy a dar un vistazo al "ternero" del feliz retorno. (Sale por el vestíbulo.)

ESCENA VIII

LAROCHE, GASTON.

LAROCHE

¡Palabra de evangelio!... No puedes figurarte Gastón, qué tesoro de mujer es esta monjita... Modesta, instruída, alegre como un rayo de sol, un corazón de oro y con eso... lo que has visto. La bendicen en los

alrededores, en las cabañas que recorre como un Hada de las migajas... Dime, a propósito, ¿vienes soltero, absolutamente libre, por supuesto?

GASTON

Soltero, seguramente... No he pensado cinco minutos en el matrimonio...

LAROCHE

¡Estabas tan ocupado! Y además, esa vida nómada y vagabunda, de ceca en meca... Pues has debido recorrer campo en los ocho años que hemos estado sin escribirnos más! Y, hablando de matrimonio, ¿porqué no contestaste al aviso que te dí del mío?... Estabas ya por establecerte en Lima, si bien recuerdo...

GASTON

¿Me escribiste a Lima, y sin duda dirigiéndote a Gastón de Laroche? De más está decir que nunca recibí tu carta... ¿Acaso no te avisaba en la última mía que había resuelto dejar mi noble apellido para volver a tomar el que primero llevaron nuestros abuelos? Allá nadie conoce a Laroche-Saint-André.

LAROCHE, con reproche cariñoso.

¿Abandonaste nuestro nombre, Gastón?

GASTON

¡Ah! no sabes tú en qué extraños compromisos y oficios hubiera tenido que arrastrar nuestro título nobiliario. ¡Un título en las minas y tráficos de aquellas tierras! Sería algo así como una armadura medieval, pesada e incómoda... acaso peligrosa... (Se ve a Clara, arreglando los floreros del vestíbulo, desde donde puede oir.) Al llegar a California, en busca de una profesión, acepté como primer recurso, un puesto en la prensa local... Sabía ya el inglés como mi lengua nativa; pero tuve recelo de entregar a ese público nuestro nombre de familia, y acudiendo a nuestro antiguo patronímico, firmé Alán Juhel mis bambochadas literarias. (Movimiento de horror de Clara.)

LAROCHE

Alán Juhel... ¡Ah! sí, el apellido de nuestro primer antepasado histórico: el que fué armado caballero en el combate de los Treinta... Es decir que en rigor no has hecho sino volver al nombre originario.

GASTON, continuando.

Lo que es hoy, sobre todo en América, no tengo otro. Había principiado firmando así mis artículos, continué suscribiendo del mismo modo mis letras de cambio: pues te aseguro que Juhel goza allá más crédito que Laroche-Saint-André, con perdón de nuestros pergaminos... ¿Quieres que me abra de par en par? Pues bien, comencé a usar el pseudónimo sólo por salvar nuestro nombre de todo sospechoso contacto o salpicadura —

y lo conservé por orgullo... si cabe, en mis diez años de encarnizada lucha e ímproba labor...

LAROCHE, con calor.

Has cumplido tu deber, hermano: estabas en la verdadera tradición de la nobleza. Otros vuelven a dorar su blasón con oro ajeno, tú lo has restaurado remontándote al origen. Como decía aquel mariscal de Napoleón: eres tú también un "antepasado". Tienes, te lo repito, mi aprobación. Pero, héte aquí vuelto otra vez un Laroche-Saint André: está libre, soltero ¿para qué volver allá?...

GASTON

A fe que no me faltan deseos de quedarme para siempre... si bien, tendría, en todo caso, que hacer un último viaje para el arreglo definitivo.

LAROCHE

Quédate con nosotros, Gastón. Para la juventud, toda la tierra es patria. Pero llega una hora — pronto te llegará — en que el cuerpo y el alma necesitan refugiarse en el suelo nativo, a la sombra del paterno hogar. Quédate aquí, hijo mío: no tendrás que buscar muy lejos la santa compañera de tu vida, la mujer fuerte y dulce que te hará feliz. (Con emoción.) Serás dos veces mi hermano: solo así podremos desquitarnos de los perdidos años de separación.

GASTON, sencillamente.

¿Clara? (Después de la seña afirmativa de Laroche, queda un instante pensativo.) ¡Ah! no he necesitado una hora para apreciarla en lo que vale; para adivinar qué alma noble se encubre debajo de tanta gracia y belleza... Sí, Pedro, era la esposa soñada... Pero no estoy libre... No puedo disponer de mi suerte...

LAROCHE

¡Ah! miserables lazos tendidos al hombre por el tedio y la soledad! ¿Tienes una querida... con ella vives allá?...

GASTON, vivamente.

De ningún modo... Es una antigua aventura, que se arraigó en mi vida sin que pudiera preverlo.

LAROCHE

Estamos solos, Gastón: cuéntamelo todo... Acaso mi experiencia te pueda ayudar... (Se sientan, dando Laroche la espalda al vestíbulo y Gastón enfrente.)

GASTON, con ademán de resignación.

No tengo inconveniente: por otra parte la aventura es tan llana como trivial. Sabes que volví primera vez a Europa el año 80, segundo de la guerra del Pacífico, con una comisión secreta del gobierno del Perú, cuya causa había abrazado, como oficial de marina. Con pasaporte y poderes a mi nombre de Alán Juhel, traía la

misión de activar la terminación de un monitor construído en los astilleros de Ansaldo, en Génova, para reemplazar al *Huáscar* perdido. Tú estabas ausente, en crucero por los mares de China. Esta circunstancia, unida a la necesidad de guardar reserva sobre mis gestiones, abrevió mi estada en Francia, con excepción de Niza, donde pasé los meses de ese invierno bastante crudo. Entre los enfermos que pedían al clima tibio de la costa azul la prolongación de una vida precaria, estaba una señora viuda, a quien acompañaba una joven pariente... (Laroche, sigue con interés creciente la relación de Gastón.) La anciana se estaba muriendo de tuberculosis... Trabamos relación; yo había venido por ocho días; quedé tres meses. La joven era bella, entregada al solo cuidado de su enferma; logré prestarles esos pequeños servicios que las mujeres solas, por ricas que sean, tienen que agradecer... Nos amamos y creció nuestro amor a medida que declinaban las fuerzas de la enferma. Llegó el fin de la moribunda al mismo tiempo que la conclusión de la guerra funesta para el Perú, que ponía término a mi encargo. Te ahorro los tristes pormenores de mis últimos días, al lado de la desgraciada joven a quien me era fuerza abandonar...

LAROCHE, apretando con angustia febril el brazo de su hermano.

¿Murió la señora en Niza, hace seis años, de una tisis pulmonar?...

GASTON, sorprendido.

Sin duda, murió allí... fué una desgracia: pero ¿qué tienes, Pedro?...

LAROCHE, con voz alterada que procura asegurar.

Nada; son tantos los enfermos que se extinguen en Niza... Pero, dime, Gastón: ¿cómo se llamaba esa joven... que te amó? Te suplico que me la nombres...

GASTON

No tengo inconveniente, puesto que te empeñas. (En este momento alza los ojos y ve a Clara que, desde el vestíbulo, le intima silencio con su dedo en los labios y la expresión terrible de su rostro.) Te diré el nombre de esa persona; (buscando sus palabras y afectando jocosidad) ya que te inspira tanta curiosidad: se llamaba Eva... Rogers, americana del norte. Venían a Francia por primera vez. Era una preciosa muchacha — la hija, naturalmente — rubia como un trigal; alta, arrogante (compréndese que junta rasgos "despistadores"); hablaba inglés con una gracia... yankee! ¿Quieres que complete la filiación?...

LAROCHE, súbitamente serenado y respirando con alivio.

¡Oh! es inútil... te explicaré: (llena un vaso de agua que sorbe de un trago) la mujer de uno de mis oficia-

les murió también en Niza, por ese tiempo... ya ves la coincidencia... ¿Con qué, tuviste allí tus amorcillos, pequeño Lovelace? Y bien ¿qué? Me hablabas de un vínculo subsistente... me asusté con tu preámbulo...

GASTON, aparte.

¡Gracias a Dios! parece que salvé la situación.

LAROCHE

Pero, dime: y ella te amó... ¿del todo?

GASTON, después de mirar hacia el vestíbulo, contesta con una seña evasiva.

Para concluir en pocas palabras... Tuve que embarcarme, después de dejar a... Eva en poder de un tío suyo, nombrado tutor... Nos juramos fidelidad eterna... prometí, sinceramente, volver a los pocos meses... Pero, no bien desembarcado en Lima, me encontré con mi fortuna por los suelos: todos mis bienes embargados. mis haciendas y minas saqueadas por los chilenos: en fin, la ruina completa, aunque no irreparable... Escribí a... Eva, explicándole el desastre, pidiéndole que no me esperara más, pues no respondía de mi porvenir... Total: que se casó en Francia un año después; ella misma me dió la fatal noticia, sin decirme con quién... Le contesté como debía, con entereza... y resignación. Sin embargo, hemos seguido con la costumbre de escribirnos, una vez al año, en recuerdo de nuestro finado compromiso: ella dirige sus cartas a Lima, bajo mi nombre californiano, el único que me conoce — y yo también con dirección convencional, mando las mías a París, *Poste restante.*

LAROCHE

Perfectamente. Pero como vuelves a ser desde hoy Gastón de Laroche, dejando en tu saco de viaje tu pasaporte de Alán Juhel, queda todo arreglado y concluído, sin perjuicio de tercero...

GASTON, animándose poco a poco.

¡Ay! no sabes tú cómo, a medida que pasaba el tiempo y venía la edad, trayéndome sus melancolías y decepciones, sentía renacer, cada día más fuerte, esta primera y única pasión de mi juventud. Ella tampoco me olvidaba: sin decirme jamás el nombre de su marido, me pintaba su tristeza al lado de un hombre a quien respetaba pero no podía amar... Hace un año le anuncié mi vuelta, y recibí en contestación un grito de amor tan ardiente y vibrante que palpitaba aún en el papel... No sabes qué amuleto, qué mágico talismán pueden tornarse ciertas palabras escritas a tres mil leguas... Al fin venció el que lo vence todo: en un rapto de protesta contra mi trasqueteado destino, no quise envejecer en tierra extraña sin que, por vez última, brotara una llama en este yerto corazón... Quise ser feliz aún: un año, un mes, un día... y he llegado ayer...

LAROCHE, gravemente.

¡Y es por reanudar esa vieja aventura por lo que quieres cerrar la puerta a la próxima y sana felicidad! Una mujer novelesca que procura sazonar su prosa matrimonial con la extrañeza de un amor exótico. ¿Crees acaso en la virtud relativa? Quien bebió beberá. Lo que sucedió una vez, fatalmente se ha repetido o se repetirá...

GASTON

Vamos, Pedro, la juzgas injustamente porque no la conoces.

LAROCHE

La conozco: se llama legión. ¿Acaso no tenemos todos en nuestro pasado una media docena de casos análogos? Estos amores de lance prohibido, siempre idénticos, son los mojones triviales de nuestra juventud. Vamos, sé hombre: ya es tiempo. Vuelve a la sana evidencia, a la eterna verdad. Cuentas treinta y cinco años: no tienes que perder tiempo si quieres todavía ser feliz. hermano mío! (Le pone con cariño la mano en el hombre.) Ahora, te entrego a tus reflexiones... voy hasta los trabajos y vuelvo a escuchar tu resolución. ¿Oyes? te comprometerás a pasar aquí una semana, nada más que ocho días... veremos entonces si te quedan fuerzas para escaparte de la querencia. (Se vá.)

GASTON le acompaña algunos pasos, repitiendo maquinalmente:

Eso es, paso aquí una semana, y después... veremos.

ESCENA IX

GASTON, después CLARA

GASTON. Queda un instante pensativo y luego murmura:

¿Qué significó ese ademán de Clara, su expresión terrible y el nombre mío de allá, que antes pronunciara con incomprensible interés?... ¿A qué, por fin, esa inquietud de mi hermano al escuchar el principio de mi relación? ¡Santo Dios!, no me atrevo a seguir mi pensamiento. Sería la catástrofe irreparable, el rayo que redujera a cenizas mi presente y mi porvenir... ¡Clara!

CLARA, pálida, febril, con voz rápida y sorda

Señor, esa fingida Eva Rogers, de quien hablábais hace un momento ¿se llama Berta Bresson, no es cierto?

GASTON, aterrado.

Os juro que os equivocáis... Os explicaré ...

CLARA, con agitación creciente.

Pero, comprended que no tenemos un minuto que perder... Ignoro si sois más desgraciados que culpables... Ahorremos razones y mentiras. (Indicándole la puerta de la izquierda). En ese cuarto hay un re-

trato de la condesa de Laroche... podéis entrar: el conde está lejos ya.

GASTON, después de un momento de estupor.

¡Dios mío! Quiera el cielo que no sea cierto. (Entra precipitadamente).

CLARA, con energía sombría.

¡Vamos, resolución y serenidad! Lo que urge es salvarnos del abismo: después habrá tiempo para sufrir y llorar. Pobre Clara, olvida ya tu ignorancia del mal; rechaza, lejos de tí, como una ignominia y una cobardía, toda mentida ilusión. No te acuerdes sino de esa infeliz extraviada y de su noble víctima. ¡Oh, Señor, en quien creo y confío: dame la fuerza de ser inexorable y cruel!

GASTON, vuelve con semplante desencajado.

No hay duda posible. ¡Es la catástrofe! ¡Oh, hermano mío!... (Se deja caer en el sillón, ocultando el rostro en sus manos.)

CLARA, después de un silencio.

Comprendo vuestro dolor, vuestro remordimiento... Pero en esta hora suprema, es fuerza negarnos hasta el alivio de la queja... Señor de Laroche: mi hermana va a llegar... antes de media hora. (Estremecimiento de Gastón). ¿Creéis posible que estéis juntos aquí, un solo instante, bajo el techo deshonrado y la mirada de vuestro hermano, de su marido?...

GASTON, levanta la cabeza y procura recobrar alguna serenidad.

Haré lo que queráis, señorita... Pretextaré una indisposición para quedar en mi cuarto... Vos la veréis. Os concertaréis con ella... Dejo en vuestras manos mi suerte presente y futura... Dicen que sois el ángel bueno de la familia: cumplid vuestra misión...

CLARA, con un esfuerzo para afirmar su voz.

Pues bien: la cumplo, diciéndoos que es menester partir...

GASTON, como sin comprender.

¡Partir! ¿Para dónde?

CLARA, con trágica energía.

Partid, hoy mismo, para siempre. No podéis vivir una hora más en esta casa... ¿No habéis sentido el vago despertar de la sospecha en el acento de vuestro hermano?... Por más que supierais disimular: una mirada, un temblor, un silencio os vendería. Y entonces sería lo terrible... No quiero ver ese momento; no quiero vivir con esa amenaza sobre nuestras cabezas... (bajando la voz): No quiero rozarme diariamente con la deshonra y la vergüenza...

GASTON, mirándola con súplica.

¿Pensáis acaso que yo, en vuestra presencia, bajo

vuestra mirada de juez, tanto más inexorable cuanto más puro?... ¿creéis por un momento que sería yo tan miserable que pensase en algo más que en el arrepentimiento y la expiación?...

Clara, con voz sorda.

La expiación no está aquí... ¡Partid!...

GASTON, con una explosión de amargura.

¡Oh, corazones helados por el claustro y la devoción; almas endurecidas por el orgullo de vuestra impecabilidad! ¡Con cuánta altivez juzgáis a quienes fueron tal vez más débiles que culpables: a la que sucumbiera un día, más por la fatalidad de su ignorancia que por su libre albedrío! Aunque sepáis que la falta no fué deliberada, sino obra de un ciego destino, como en las trágicas leyendas: echáis al platillo de la balanza vuestro horror por el pecado, compuesto de ignorancia y frigidez. ¿Qué os importan las lágrimas de fuego que el culpable vierte sobre su culpa, la desesperación de la víctima, más cruel que cualquier castigo del vengador? Lo que perseguís, es la satisfacción abstracta de no sé qué vindicta superior. Discípulos de los que arrojaban a la hoguera al niño contaminado por el delito de sus padres; santos sin tentaciones y héroes sin combates: si existiera un Dios clemente y justo, os echaría de su presencia; si imperara esa ley del Galileo que hipócritamente invocáis, seríais condenados por El que perdonó a la pecadora arrepentida... ¡Sí!, la forma implacable de vuestra sentencia es más inicua que el mismo delito. Vos no podéis dudar de nuestro dolor, de nuestro remordimiento; sabéis que jamás pudimos sospechar — pues entonces no existía — lo que hoy aparece como la faz más horrible de nuestra falta. Con todo, declaráis sin vacilación que yo debo volver ahora mismo al destierro, desalentado y envejecido. Más aún: infligís a mi hermano la amargura de mi aparente indiferencia, el dolor de llamarme ingrato o sospecharme criminal. Sentenciáis, por fin, a esa pobre mujer extraviada a sufrir la vergüenza de vuestro reproche o el rubor de vuestro perdón! — Pues bien: sí, me voy, pero llevando la sospecha de que quizá tanto rigor justiciero no esté reñido con vuestro interés o ambición personal en esta casa...

CLARA, que apenas se ha contenido y cuya indignación va creciendo hasta el fin de la réplica.

Señor, ¿estáis extraviado, o no sois digno de comprender qué móvil superior me impele a mezclarme en vuestra triste historia? No pienso ahora en vos, ni siquiera en ella: me acuerdo tan sólo de aquel noble corazón a quién mataría el crimen, descubierto o sospechado, de los que amó! Sabedlo, pues: ha dudado un instante, y la duda, en estas almas honradas, es como una rajadura incurable en el cristal. ¿No hablábais de

mi fácil altivez? El cumplimiento del deber nunca es tan fácil como su desconocimiento. Lo que sí me parece muy llano y cómodo, es invocar no sé qué fatalidad irresistible que ahorra el trabajo de resistir. No me ocupo de vuestro destino: id adonde queráis. Pero la Providencia me designa como su instrumento para salvar a dos seres queridos de la desgracia irreparable — y acepto la misión... Berta no ha de entrar aquí, mientras estéis presente: respondo de ella, porque respondo de mí... En cuanto a vuestros últimos insultos... Señor Alán Juhel: hicistéis bien en trocar por éste vuestro verdadero nombre. En vuestras correrías por aquellas tierras de aventura, habéis olvidado cómo un Laroche-Saint-Andrés habla a una mujer! Sabíais que el único hombre que podría protegerme, es el único ante quien no me puedo quejar — y os habéis propasado. Quedáis dueño de vuestra última decisión... (Da un paso para retirarse).

GASTON, con un grito de desesperación.

¡Clara! ¡En nombre de vuestro Dios!... Esperad un momento... Estaba delirando... os suplico que no me dejéis así... Dejadme la fuerza necesaria para salvar este paso terrible. (Clara queda de pie, indecisa). Voy a cumplir con todo mi deber, siquiera esta vez. (Toca el timbre; entra Germán). Mi buen Germán, ¿hay algún carruaje disponible para llevarme a la estación?

GERMAN

¿El señor va a Tours?

GASTON, después de consultar a Clara con la mirada, contesta para desorientar a Germán.

No, a Chinón: tomo el tren de Burdeos.

GERMAN

Hay el tilburí del señor conde...

GASTON

Bastará, voy solo: haz atar inmediatamente y ven a avisarme. (Sale Germán. Gastón se acerca a la mesa y escribe algunos renglones que lee en alta voz). "Querido hermano: un telegrama urgente me llama a Burdeos. De allí te escribiré. No dudes jamás de mi cariño.—Gastón." (Se acerca a Clara con timidez). Ahora, Clara, me voy para no volver jamás... Consumaré el sacrificio y completaré la expiación... Dejadme deciros esta última palabra: no me neguéis el adiós que perdona e inicia el rescate. Os suplico que no toméis a ultraje esta última confesión sin esperanza: indigno y manchado como estoy, no pude contemplar insensible tanta nobleza unida a tanta seducción... Tesoro de gracia y fuente de consuelo, os he entrevisto en mi camino como un premio que no podía merecer. (Clara cierra los ojos y se apoya en la mesa, vencida

por la emoción.) Una aureola rodea vuestra frente, y es vuestro dorado cabello el que remeda en su contorno encantador un nimbo de santidad. ¡Qué ritmo secreto en vuestros pasos, qué oculta virtud en la menor acción de esa blanca mano, hecha para curar heridas y enseñar el cielo!... ¡Oh, sueño supremo de mi declinante juventud!... Refugio de paz profunda — una hora gozado, y cuya pérdida me va a dejar una fatiga indecible que nada aliviará... (Con voz baja, apenas perceptible.) ¡Ay, no era ya por Berta por quién quería quedarme!... (Cae a sus pies, llevando a los labios la mano de Clara.)

CLARA, desfalleciendo.

Gastón... os suplico...

GERMAN, desde la puerta del vestíbulo.

Está listo el tilburí del señor Gastón

GASTON, da un paso y se vuelve.

Adiós para siempre...

CLARA, bajando la cabeza, murmura:

Para siempre adiós... (Sale Gastón).

ESCENA X

CLARA, cae en el sofá y rompe a llorar con la cabeza oculta entre sus manos. LAROCHE entra por el vestíbulo, con una vasija negruzca en la mano.

LAROCHE, desde la puerta.

Este es el día de las grandes felicidades... Una pieza única, maravillosa. (Mira con sorpresa a Clara, se acerca, le levanta la cabeza con una mano y la mira fijamente). ¿Qué sucede, por qué lloras?... (Clara le indica la carta abierta sobre la mesa que Laroche recorre rápidamente). ¿Qué es esto? Gastón se ha marchado sin verme, sin consultarme! ¿Qué ha pasado aquí, Clara, quiero saberlo?... ¿Qué misterio es éste?... ¿No contestas? Corro a alcanzarle... y te juro que lo he de saber... (Da un paso hacia la puerta).

CLARA. Ha seguido con ansiedad los movimientos de Laroce, y corre a detenerle

No, no vayáis... Es inútil... Voy a deciros... Una discusión penosa... Pero volverá... más tarde...

LAROCHE, exasperado

¡Ah, lo he temido desde el primer momento! Y le has dejado partir por no humillarte. Tu intolerancia de fanática arroja de su casa a mi hermano, el día que vuelve, después de diez años de ausencia... Has hecho eso, tú!... ¡Ah, rayo de Dios! (Tiene un ademán terrible, pero se reprime y estrella la vasija contra el suelo).

CLARA, cae de rodillas.

¡Laroche, en nombre del cielo!... No podéis medir hasta qué punto estáis injusto conmigo.

LAROCHE, amargamente.

Y le conozco: nunca volverá... (A Clara). Y es para esto que os sirve la religión...

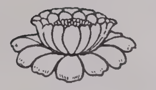
CLARA, resignada.

Sí, para esto sirve. (Se levanta). Laroche, comprende que mi lugar no es éste ya... Pero no agobiéis a una infeliz: no me lo digáis. Mañana volveré al convento. (Con una sonrisa dolorosa). ¡La monja, al monasterio!... ¡Me retiro: no puedo más... (Se retira lentamente. Laroche cae abismado en un sillón).

GERMAN, en la puerta del foro.

La señora condesa.

TELÓN





Talleres Gráficos TUDURI
Venezuela 645 — Bs. Aires

